



**Rodrigo Díaz-Pérez**

▽△

## **Gamarra**

### **I**

«Estimado señor: ayer por la tarde el sargento se sintió muy mal. Cayó de bruces en el patio cerca del oratorio. Como no sabía qué hacer con él (yo sólo entiendo de partos) fui a la policía y desde allí pidieron una ambulancia a los primeros auxilios. Lo atendí como pude, le di unos tragos de agua, pues parecía que tenía sed. Se incorporó por unos minutos, y de uno de sus bolsillos, con una enorme dificultad, logró sacar esta bolsita marrón que aquí le envío a pedido muy especial de él. Salúdole atentamente, Jovita Cabrera. Villa Aurelia, 15 de marzo de 1936.»

### **II**

Deseo comenzar aclarando que no pretendo hacer un relato. Sólo deseo hablar del sargento Gamarra. Últimamente su recuerdo me obsesiona y, sin querer, termino pensando en él. Cuando se arrastraba con sus años y sus desdichas a cuestras por las calles del barrio, lo mirábamos sin hacerle caso. Lo veíamos con frecuencia. Se lo escuchaba desde lejos monologando y su voz retumbaba en las luengas siestas tropicales, cuya calma era turbada solamente por el trencito de chispas, que pasaba frente a mi casa. La monotonía se interrumpía con los alaridos del sargento, quien hablaba a gritos (y eso que no era sordo sino que hacía hincapié en que se lo escuchara), peleándose consigo mismo y, a veces, —90→ agrediendo violentamente a las plantas de piño lechoso de los cercos, con su bastón arqueado y brillante, de color amarillo, que a la vez le servía como una tercera pierna. Venía a casa con frecuencia, sin tener un día fijo

para sus visitas. Por lo menos una vez por semana golpeaba el portón lateral con las manos, hasta que alguien salía a recibirlo. Preguntaba por mí. Con mis siete años escasos, era su amigo. Al menos sabía, intuía que algo existía entre nosotros.

Lo hacía pasar, le servía un refresco o a veces nada más que un vaso de agua recién sacada del pozo. Tomaba unos sorbos, sonreía. La piel arrugada de su cara parecía darle una aura añosa y remota. De ojos vivaces y marrones, poseía la belleza que los tiempos dan a ciertas almas superiores, o sencillamente, era dueño del señorío de los años... Cuando estaba absolutamente seguro de que lo escuchaba, en un perfecto guaraní evocaba:

-El 11 de diciembre de 1868, en Abay, seguimos al general Caballero. Estábamos dispuestos a morir; total, ¿qué era la vida para nosotros? La cuestión era seguir aguantando. De entre mis compañeros de batallón, no quedó nadie con vida. Una feroz batalla tuvo lugar, lo recuerdo tan bien.

Abría los ojos, pues al principio parecía que estuviera hablando medio entre sueños y me miraba fijamente. Luego seguía:

-Recuerdo que caí de espaldas. Cuando me desperté, fue en el rancho de una señora, quien me explicó que después de la batalla, mientras buscaba a su compañero entre los muertos, me encontró sangrando y moribundo, con una herida —91→ en el cuello. Me arrastró hasta su rancho. Me alimentó con caldo de gallina, que me lo hacía tragar con una bombilla. Me cuidó tres meses.

Lo miraba con seriedad. Me impresionaba la cicatriz del cuello, arrugada, enorme, profunda. A pesar de sus años (¿quién podría saber su edad?) era coherente y concreto cuando hablaba. Difícil sería creer que el sargento que narraba sus pasos guerreros, fuese el mismo que en la calle andaba a los bramidos.

Caminaba con dificultad, renqueando. Una vez sentado, parecía otro hombre, hasta lucía más joven. De cutis moreno, era de indudable origen hispánico. Hablaba el castellano con dificultad, pero hacía un gran esfuerzo cada vez que quería saludar a mi padre:

*-Nde ko karai guasú* -le decía.

Y se abrazaba con el viejo madrileño, quien sentía por él un gran cariño y respeto. Siempre que le veía venir, me decía:

-Atiende al sargento, está sentado debajo de los mangos.

Era indudable que su presencia me agradaba. Ñe hablaba de remotas gestas. De ásperos caminos llenos de *karaguatáes* y de espinos ponzoñosos. De insectos raros y de víboras enormes. Sus relatos bélicos me producían una rara congelación del espinazo. Me parecía estar en medio del fragor de las batallas. En Villa Aurelia, era conocido por todos. No lo tomaban en serio, y lo más triste del caso, es que le tiraban naranjas podridas y mandarinas verdes y pequeñas, que abundaban en esa época. Se paraba en las esquinas y gritaba a los grandullones que lo hostigaban:

*-O gualalá lo kambá  
o sununú lo cañón  
¡a la orden mi general!*

Y seguía su larga mención de remotos fastos. Debo confesar que nunca le tiré naranjazos. Sin embargo, hoy, ya en plena era de sinceridad quiero agregar que nada hice para defenderlo. El sargento era parte del barrio. Fundador de Villa Aurelia, compartió sus meandros con tigres y víboras, antes de que llegasen a sus entrañas los Campos Cervera. Vivió, corrió y cercenó los yuyos y arbustos voraces de su villa primitiva, sin preocuparse jamás de alambrear una mísera tajada de terreno, en épocas en que el suelo que lo vio nacer, no valía nada.

### III

La siesta del 3 de febrero de 1934 era pegajosa y terrible. No daban ganas ni de moverse. La guerra del Chaco seguía y el barrio se había quedado vacío. Para más, una sequía interminable había liquidado hasta las más recónditas reservas de agua y los pozos se iban quedando negros y sin ojos. La opaca negrura de la sed. Ya nadie regaba las plantas. La presencia espectral de los árboles con sus hojas alicaídas y amarillentas, agregaban silencio a las calles y a los patios. A lo lejos, vi al sargento que venía arrastrándose y me anticipé a ayudarlo. Cuando llegué hasta él, como todo saludo, comenzó:

*-Jha lo kambá ñande jukapáta tekotevê roñorairô ro potipapevé!*

-Pero sargento - e interrumpí-, esa guerra —93→ terminó hace ya mucho tiempo. Ahora vivimos otra guerra, y ésta la vamos a ganar.

No hubo forma de romperle su obsesión. Con los ojos cerrados, y todas las ganas de gritar que muy frecuentemente se apoderaban de él, me contestó:

*-Oú jeýma lo kambá tepotí!*

No me cabía la menor duda de que él comprendía perfectamente que la guerra del Chaco era contra Bolivia, pero seguía culpando de ella a los brasileros. Le abrí el portón del patio, y debajo del mango rosa lleno de frutos, con sus miles de avispas y abejas, le puse una silla y le serví en un vaso un poco de caña con agua (una mezcla que me la preparó mi padre). Cubría su cuerpo un pantalón roto, de color marrón oscuro y una chaqueta gris, llena de agujeros. Unos zapatos de cuero negro agrietado lo defendían del suelo arenoso y escaldado. Mi curiosidad histórica lo estimulaba y en el fondo lo hacía feliz.

Me relataba un sartal de nombres legendarios, y hoy, con cierto pudor, reconozco que no le creía del todo. Cuantas menciones hacía, eran apelativos de titanes. Me parecía imposible que este pobre hombre cargara en sus hombros y en su lejanía, todos

los anales y el dolor de una tragedia inconclusa, al menos para él. Después de un rato, le pregunté:

-Sargento, ¿usted vio de cerca al Mariscal alguna vez?

Con el vaso en la mano, se levantó tambaleando y se puso serio. Por los agujeros de la chaqueta, asomaba su carne viva. El pantalón le quedaba ancho y largo, y dos reventones irregulares —94→ mostraban sus rodillas. Con sus ojos menudos y su cara rasgada por avenidas profundas, parecía una estatua llovida y abandonada. Con voz gutural me contestó:

-Siempre me hacen la misma pregunta. Estuve con él hasta la cordillera de Azcurra. Lo vi de cerca.

Se volvió a sentar. Me miró durante algunos minutos y prosiguió:

-Asunción quedó sin un alma. Cuando yo volví, después de la guerra, me refugié en este bosque, que es el lugar donde hoy está tu casa. Por eso es que siempre vuelvo aquí. Los árboles fueron mis primeros amigos y los brasileros no habían llegado sino hasta la Recoleta. Más allá, no quedaba nada más para robar.

Tenía que ir a la escuela y no había concluido con mis deberes y, le dije que nos veríamos la semana próxima. Al salir, siguió hablando solo y el eco de su voz saltaba de árbol en árbol:

*-Oú jeýma lo kambá!*

## IV

Mi padre abrió con un cortaplumas la bolsita que acompañaba la carta de ña Jovita. La sacudió varias veces y finalmente cayó al suelo un objeto metálico. Lo alcé con cuidado. Era una bala de color gris azulado. Recordé, después de un rato, la cicatriz del cuello, honda, cubierta por una costra de mil años.

1980

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

